

»na, os confío este dinero, guardadlo bien; pero sobre  
»todo, desconfiad del Párroco de Ars; si os lo pide,  
»negádselo absolutamente.»

Un sacerdote que estaba concluyendo cierta iglesia, viéndose apurado de recursos para continuar la obra, le dijo un día: «Señor Párroco, enseñadme vuestro secreto; muy útil me sería para no dejar incompleta la construcción de mi pobre iglesia.—Amigo mío, le dijo el santo Párroco, mi secreto es bien sencillo; vedlo aquí: *Darlo todo y no guardar nada.*»

El hábito que el siervo de Dios tenía de considerar todas las cosas desde el punto de vista de la fe, era causa de que en sus liberalidades gozase de una manera indecible con el pensamiento de la mala partida que jugaba al diablo, su mortal enemigo. «El diablo, decía, está furioso, por ver que con el mismo dinero de que él se vale para corromper y perder almas, nosotros logramos la salvación de ellas.»



## CAPITULO VI

### Humildad del Párroco de Ars.—Su pobreza.

**R**ÉSTANOS hablar de las tres virtudes que más han brillado en el Párroco de Ars; pues aunque toda su vida, según venimos refiriendo, fué una práctica constante de humildad, pobreza y mortificación, creemos necesario, antes de terminar nuestro trabajo, hacer resaltar esos rasgos característicos de la fisonomía de nuestro santo.

Para quien no conociese al Párroco de Ars, al oír narrar las cosas maravillosas que se verificaban á su rededor, y que le merecian las ovaciones de la multitud, era natural suponer que, en esa atmósfera de gloria que le rodeaba, habría de serle el orgullo, si no un lazo, al menos una tentación. En cierto día le indicamos esta idea: nos comprendió, y, levantando los ojos al cielo con expresión de tristeza, dijo: «¡Oh, amigo mío! decid más bien qué puedo hacer para resistir á la tentación de temor, de desaliento y á veces de desesperación.»

El recogimiento, la vigilancia y la unión con Dios le preservaban de toda presunción y vanagloria, en

medio de tantos y tan universales aplausos que no podía evitar. Lleno de modestia, leyendo claramente en el fondo de su nada, penetrado del sentimiento de su abyección, y triunfante de todo por el desprecio de sí mismo, estaba seguro en medio de la apoteosis: y su humildad le realzaba más, porque era sincera y llena de horror de sí mismo y de sus pecados, haciéndole sentir en el fondo de su alma la necesidad de penitencia y de humillación.

Buscaba el siervo de Dios la oscuridad y el silencio con la misma solicitud y ambición que otros anhelan los honores y aplausos populares. Gustaba más de ser humilde que parecerlo, y era imposible que el ojo más experto descubriese en su semblante signo alguno de amor propio. Hubiera podido decir que el yo no existía en él: nada de lo que era personal afectaba á su grande alma: de cualquier manera que se le tratase, siempre estaba contento.

«He recibido dos cartas, decía un día, por el mismo correo; en la una se me decía que yo era un gran santo; en la otra, que era un hipócrita y un charlatán... La primera nada me da, la segunda nada me quita. Soy lo que soy á los ojos de Dios..., ¡y nada más!»

Otra vez decía: «Dios me ha elegido para ser instrumento de las gracias que dispensa á los pobres pecadores, porque soy el más ignorante y el más miserable de los hombres. Si en la diócesis hubiese habido un sacerdote más despreciable que yo, Dios le hubiera elegido.»

El Párroco de Ars había recorrido todos los grados de la humildad: había llegado á aborrecerse á sí mismo, y á no ver en las obras de Dios cosa más des-

preciable que su persona. La humildad era en él como un sentido especial, y de una delicadeza extrema: era su fibra más impresionable, y había que no lastimarle en ella, so pena de perder su afecto. Hacía para sí aplicación literal y constante de esta sentencia, que repetía frecuentemente en sus Catecismos: *¿Se dice mal de vos? Se os dice la verdad. ¿Se os dispensan honores y aplausos? Se burlan de vos... ¿Cuál es mejor para vos: que se os advierta, ó que se os engañe?*

Los elogios eran saetas que herían el corazón del siervo de Dios. Cuando se le decía alguna cosa lisonjera á su persona, respondía con una palabra humilde, pero corta, y era fácil notar que se le había dolorosamente molestado. Un día se descuidó el señor Obispo y le llamó *Mi santo Párroco*. Esta breve palabra hirió tanto su humilde corazón, que exclamó: «¡Oh qué desgraciado soy! ¡Hasta Monseñor tiene formado un juicio erróneo de mí!»

Más de una vez se le ha visto, los domingos, dejar precipitadamente su asiento, entrar en la sacristía y cerrar la puerta, porque el predicador decía algunas palabras en su elogio. Jamás hablaba de sí mismo: si se le preguntaba, contestaba con una modestia que imponía reserva, y con un laconismo que obligaba al silencio. Luego variaba la conversación, agotando en semejantes casos todas las formas del desprecio; y ciertamente que su humildad era ingeniosa para hallarlas siempre nuevas. Hacía en cierta ocasión el elogio de un Cura á quien amaba mucho, y decía en su lenguaje alegórico: «Hay en él algo de la golondrina y del águila.—¿Y en vos, qué hay, señor Párroco?—¡Oh, lo que hay mí!... En mí hay algo de ganso, de pavo y de cangrejo.»

«¡Qué bueno sois! decía el santo Párroco á un misionero recientemente llegado á Ars para ayudarle; »sí, bueno sois, y ya veis que, cuando estáis aquí, »todo marcha bien; mas cuando estoy solo, nada valgo. Soy como los ceros, que no tienen valor sino al »lado de otro número. Ya soy muy viejo; no sirvo »para nada.

—»Señor Párroco, vos sois siempre joven por el »corazón y por el alma.

—»Sí, amigo mío: yo puedo decir lo que aquel Santo á quien se preguntaba por su edad, y contestó: «No he vivido un solo día.»

En la necesidad que el señor Párroco sentía de empequeñecerse y anonadarse, usaba unas palabras que repetía sin cesar, y eran: «mi *pobre* alma, mi *pobre* cadáver, mi *pobre* miseria, mis pecados.» Siempre hablaba con profunda humildad de sus faltas, y, según él, toda su vida no era suficiente para llorarlas. Sólo tenía acusaciones y reprensiones para sí mismo, y se hubiera creído que era el más vil y despreciable de los pecadores. «¡Cuán bueno es Dios, decía frecuentemente, que soporta mis inmensas miserias!»

Bueno es hablar de este modo, á condición de que se hable con sinceridad; y la prueba mejor de que la hay, es alegrarse y complacerse al saber que los demás piensan y hablan lo mismo. Respecto al Párroco de Ars, sabemos que amaba con ternura especial á todas las personas que le criticaban, le deprimían, le contradecían, le censuraban sus designios, ó eran para él motivo de contradicción y de sufrimiento; y los amaba con pasión, como los Santos aman las cruces. Creía tan sinceramente que todo el mundo tenía

derecho á tratarle con desprecio, que se affigia de no ser bastante despreciado. Rogaba cordialmente á sus Misioneros que le reprendiesen, y se quejaba muchas veces de que no cumplieran ese deber.

El verdadero humilde se persuade de que la única cosa á que tiene derecho, es al desprecio y malos tratamientos. La menor señal de bondad parece un favor inapreciable al hombre que tiene sentimiento vivo de su propia indignidad; y así se comprende la sorpresa ingenua y la efusión ostensible de gratitud que producía en el Párroco de Ars la más pequeña atención que se le dispensara. «Me enseñáis, decía á »sus Misioneros, lo que es la caridad.»

El santo Párroco era del corto número de los que hablan de la humildad como se debe.

En cierta ocasión preguntaba una persona al santo Párroco: «¿Qué es lo que se necesita para ser »santo?—Amigo mío, amar á Dios.—¿Y qué he de hacer para amarle?—¡Ah! *Humildad, humildad*: nuestro orgullo nos impide ser santos. El orgullo es la »cadena del rosario de los vicios, y la humildad es la »cadena del rosario de las virtudes. ¡Ay de mí! No se »concibe cómo y de qué se envanece una criatura tan »pequeña. (Al decir esto, lloraba.) Apareciósele un »día el diablo á San Macario, y le dijo: «Todo lo que »tú haces lo hago yo: tú ayunas, yo no como jamás; »tú velas, yo nunca duermo. Sólo haces una cosa que »yo no puedo hacer.—¿Y qué es?—Humillarte, respondió el diablo; y desapareció. ¡Oh, amigo mío! Hay »Santos que ahuyentaban al diablo con sólo decir: »*¡Qué miserable soy!*»

He aquí, sobre el mismo asunto, algunos pensamientos del siervo de Dios:

«La humildad es como una balanza: cuanto más se la baja de un lado, más sube del otro.»

«No son amigos nuestros los que nos alaban, sino los que nos humillan.»

»Preguntóse á un Santo cuál era la primera de las virtudes, y respondió:—Es la humildad.—¿Y la segunda?—La humildad.—¿Y la tercera?—La humildad.

»Jamás comprenderemos nuestra extremada miseria, y nada hace estremecer tanto como este pensamiento: si nos conociésemos á fondo como Dios nos conoce, no podríamos vivir, y moriríamos de espanto.

Los Santos se conocían mejor que los demás, porque eran humildes. Viendo que Dios se servía de ellos para obrar milagros, se confundían. San Martín era un gran Santo, y se creía un gran pecador: atribuía á sus pecados los males que ocurrían en su tiempo.»

El Párroco de Ars estaba convencido, como lo estuvieron todos los Santos, de que el único tesoro del corazón es el desprendimiento; que sacrificarse no es destruir, sino vivificar; que es renovar el obstáculo y romper las cadenas que impiden la libertad del alma, teniéndola sujeta á las cosas finitas. Había comprendido bien estas palabras del Evangelio: «El que guarda su alma, la pierde; el que consiente en perderla, la salva.» Estaba desprendido de todo y de sí mismo, á fin de hallarlo todo, incluso él mismo, en Dios.

Por un instinto especial había conocido que, en este siglo sensual, la materia es más enemiga de Dios que nunca; y cuando tenía que pronunciar esa palabra, lo hacía con un acento singular, que revelaba el horror

profundo y el odio vigoroso que le inspiraba. Todos los días trabajaba por verse más libre de ella, y por eso ni comía, ni dormía; nada quería, de nada necesitaba: se hubiera dicho que no tenía cuerpo. Para recompensarle Dios su amor á la pobreza, permitió que, aparte los años de su infancia pasados en la casa paterna, viviese siempre de limosna. En Ecully, en las Noës, en Ars y en todas partes halló personas piadosas que le dieron el pan de caridad, y él se creía feliz recibéndolo de ellas. En Ars era Catalina, ayudada por algunas cristianas devotas y generosas, quien cuidaba de su alimento y vestido.

El hogar de su casa jamás vió fuego. De todos los departamentos, el único habitable era su dormitorio. Los humildes muebles que le adornaban no eran suyos: habían sido ya vendidos y rescatados muchas veces. No había religioso con voto de pobreza que tuviese su celda más modesta. En esa pieza pequeña, fea, ahumada, sin más luz que la que recibía por dos ventanas desprovistas hasta de cortinas, todo conservaba el aspecto de una casa vieja y ruinoso. Algunas sencillas pinturas sobre vidrio, las imágenes de Jesús y María, de algunos Santos de su especial devoción, y el retrato de los Obispos de Belley, constituían toda la decoración de unas paredes cubiertas de papel viejo, hecho jirones y casi tan negro como el humo. Frente á la puerta se veían unas tablas llenas de libros viejos; á la parte opuesta un armario, viejo también, cuyos cajones, muchas veces llenos y vacíos, contenían su provisión de cruces y medallas. En medio había una mesita de madera de encina.

Al poner los pies en ese local tan piadoso y pobre á la vez, sentíase una profunda emoción: creíase en-

trar en un santuario. Era, en efecto, el santuario de la humildad, de la penitencia y de todas las virtudes evangélicas. Hallábase allí luz para el espíritu, enseñanza para el corazón; y podemos decir con verdad que esa pobre habitación, esa pobre cama y ese pobre mobiliario han obrado conversiones. Nosotros hemos visto penitentes que al entrar allí han caído de rodillas para tocar con su frente las baldosas y regarlas con sus lágrimas.

El dinero llegaba al santo Párroco con abundancia, por lo mismo que le despreciaba y no se acordaba de él jamás. Estaba bien persuadido de que, á quien sólo busca el reino de Dios y su justicia, todo lo demás se le da por añadidura. En el dinero sólo veía un instrumento de salvación y de apostolado; cualquier otro destino le desagradaba. Hablando de una suma considerable que habían sacrificado con gusto, decía: «Por fin, ¡si se sirviesen de ella para hermo-»  
»sear las almas! Pero... ¡se emplea en labrar piedras!»

Un día, el venerable Párroco encendió, por equivocación, su vela con un billete de Banco; y como alguno manifestase sentimiento de esa pérdida en su presencia, exclamó: «¡Oh, no importa mucho! Menos»  
»mal hay en eso que en cometer el más pequeño pe-»  
»cado venial.»

En otra ocasión nos sorprendió con la graciosa ocurrencia siguiente: «Esta mañana--dijo--una gran»  
»señora que tenía cubiertos sus dedos con anillos, y»  
»valían más de 1.000 francos de oro, se aproximó á»  
»mí con esta petición:—Señor Párroco, hace algún»  
»tiempo os di 100 francos para que alcanzaseis del»  
»Señor mi curación: yo no estoy curada; dadme, pues,»  
»mi dinero.

—»¿Y se lo disteis?—¡Claro que sí! Afortunada-»  
»mente se me habían entregado 100 francos un mo-»  
»mento antes: fui por ellos, y se los di.

—»¿Y no hicisteis alguna observación á esa gran»  
»dama?—¡Dios me libre de ello!—¿Y si era tal vez»  
»una ladrona?—No: recuerdo bien que ella me había»  
»entregado los 100 francos en monedas de oro.»

El santo Párroco era desinteresado hasta en las obras buenas que emprendía. Aproximóse á él un día cierta bienhechora ofreciendo auxiliarle en sus fundaciones, y la contestó: «No puedo aceptar vuestro di-»  
»nero; ya hallaréis en qué emplearlo: en vuestra casa»  
»tendréis necesidad de ello.»

Catalina había creído conveniente reemplazar con una taza de loza la vieja escudilla de barro de que se servía el santo Párroco desde ya bastante tiempo. Creyó él que era verdadero lujo, y se deshizo de ella en seguida, diciendo: «Nada bueno podremos hacer»  
»mientras no observemos la pobreza en todo.» Este fué uno de los últimos rasgos de su vida.

